

## Promesa blanca

Una semana antes de que su mamá cumpliera 45 años de vida y 10 años de servicio en el casino donde trabajaba, Abigail escribió una lista de ideas de regalo en el reverso del cuaderno de matemática: *Una bufanda de lana, una caja de frutos secos y chocolates, un mantel bordado para el comedor, ¿aros?*

Tocaron el timbre y sus tres amigas corrieron a su puesto. ¡Vamos a vitrinear! Javiera sacudió su puño frente a sus ojos, haciendo tintinear su cadenita de sirena bañada en plata.

Era la rutina sagrada de los viernes. En esa primavera en que su amistad se estaba solidificando, marcharon una detrás de la otra bajo el sol prematuro, riendo y gritando durante todo el trayecto hasta molestar a los adultos. Llegaron al centro en metro y se vieron arrojadas a esa plaza que era una amalgama de todas las cosas que podían existir para ellas: vagabundos, hombres de oficina, películas pirata, maní confitado. Abigail sintió atracción por las tarotistas frente a la Catedral, una tentación que no alcanzó a tomar cuerpo al verse interrumpida por la voz de un pastor, distorsionada por el micrófono: *Y hoy comprendo que la Biblia dice “este pobre clamó y le oyó Jehová, y le liberó de todas sus aflicciones”. Gloria a Dios.*

Atravesaron la plaza con sus mochilas bajo el brazo. Oigan, ¿me ayudan a buscarle un regalo a mi mamá? Todavía no encuentro algo bonito. Dale, te avisaremos si vemos algo, le contestó Vanesa. Es que no tengo mucho tiempo, ¿podemos pasar primero por eso? En ese caso, veamos donde venden cosas más de señora, añadió Sofía. Entremos en esta, dijo Javiera señalando una galería con la cabeza.

La luz de la galería las siguió bajo sus pies. Abigail observó unas botas de cuero en un escaparate, y se le ocurrió que podría pedir unas, a lo menos sintéticas. Era vergonzoso seguir llevando puestos sus zapatos de colegio cuando era día de ropa de calle. Aprendió de eso cuando una vez, sus amigas, se largaron a reír al ver “su estilo” en un día de alianzas.

Las chicas se toparon con la vitrina de una tienda modelando un collar sobre un busto de porcelana, cuya piedra violeta en forma de corazón relucía con los rayos de sol que atravesaban el ventanal de la galería. Un haz de luz golpeó la pupila de Abigail. Su destello fue como un guiño. Las amigas se miraron y, con complicidad, entraron a la tienda una detrás de la otra.

El espacio era acogedor y olía a lavanda. La mesa tenía de exhibición varios anillos. En la repisa principal se mostraban varios conjuntos de collares y aros. Abi, la llamó Javiera. No creo que encuentres algo aquí. Estos son de plata de verdad. Sofía le lanzó una mirada enjuiciadora a Javiera. La dependienta apareció y miró a las cuatro chicas. Perdón, solo estamos mirando, ¿se puede? Claro, pasen.

Sofía paseó sus dedos por los bordes de la vidriera. ¡Qué bonitos! Javiera apuntó con su dedo un anillo con una rosa hecha de piedritas rojas. Mira este, ¿le gustará a tu mami? Abigail no se convenció. Siguió revisando hasta que dió con algo: un anillo de plata simple, sin adornos, a excepción de la piedra, de un color entre rosa y morado, como el de algunos atardeceres.

Si gustas puedes probártelo, añadió la vendedora sobresaltando a Abigail. ¿Sabí la talla de tu mamá?, preguntó Javiera. No, no lo había pensado antes. Pero pruébátelo tú, interrumpió Vanesa, para ver cómo se ve. Sofía le contestó a la vendedora: ¡Sí, por favor! La señora abrió con sus llaves la puertita de la vidriera y extrajo la caja en forma de corazón pálido en donde descansaba el anillo. Lo tomó entre su dedo índice y pulgar, y se lo extendió a la palma sedienta de Abigail.

Abi deslizó el anillo suavemente en su dedo anular y se enamoró. Así han de sentirse las prometidas: abrazadas por emociones aprisionadas, como las cosquillas en la piel cuando eres besada. Algo tan simple que te hacía sentir sobrecogida ante la belleza y la espontaneidad, como si te susurraran: *Así será tu vida de ahora en adelante. Créeme.*

Vanesa zarandeó la mochila de Javiera. Pásame tu cámara. ¡¿Tay loca?! Esa cámara le costó un ojo de la cara a mi papá. ¿Pa' qué la traí entonces? Es un rato nomás, no le va a pasar nada, interrumpió Sofía. Javiera, resignada, sacó el dispositivo de color plateado que hacía juego con su cadenita.

Abigail pensó que seguramente la plata era el resplandor de la vida y el flujo del tiempo, movidiza como el curso de los ríos, o la vía láctea desplegándose. Una promesa de vida. Entonces, recordó a su mamá llegando un día a las ocho del trabajo. Arrastrando su agotamiento, se dejó caer en el sillón. Su hija la miraba desde la mesa del comedor con un anillo de oro entre sus dedos: su anillo de casada. ¿A qué hora llega el papá? Más tarde. Abigail le mostró el anillo ¿Por qué ya no lo usa? ¡Ah! Es que mira. Su mamá se levantó con pesadez y tomó el anillo. Ya no me queda. Mis manos se hincharon de mucho lavar. Dejó caer el anillo en su dedo anular. Tenía razón.

Vanesa prendió la cámara e hizo zoom para ver con más detenimiento el brillo de la piedra. ¡Yo quiero ver! Se turnaron para admirar el anillo en la pantalla. Tus dedos son muy lindos. Sí, le queda perfecto. ¡Qué envidia, Abi! Y Abi sonrió. Sofía le tomó una foto a su mano con una emoción nerviosa, como si tuviera que hacerlo antes de que el anillo se opacara. ¿Cuánto cuesta?, preguntó Javiera. Entonces, Abigail despertó de su fantasía.

El grupo salió de la galería y se sentaron en una banca de la plaza. Imagino que nica tení cuarenta lucas, habló Sofía. Igual yo creo que si hacemos algo, juntamos la plata. Pero el anillo está en oferta, ¿no se lo llevarán antes? Verdad. Ya, pero no es la gran cosa comparado con la joyería de los caracoles, te apuesto a que ni es plata de verdad, agregó Javiera. Ya deja de decir huéas, a la Abi le gustó, le reclamó Vanesa.

Vanesa y Javiera empezaron a discutir. En la plaza entera todavía se seguía escuchando al pastor evangélico: *Hermanos, hermanas. Gloria a Dios. ¡No seamos incrédulos como los que se burlaron de Noé! Cuando venga el juicio, ya será tarde... ¡Dios tenga misericordia!*

¿Y a ti qué mosco te picó?

Abigail recordó cuando fue la primera comunión de su hermano chico. Tenía que llevar algo elegante, pero aun revolviendo todo el closet que compartía con su mamá, no encontró nada. Se fue con un vestido negro y holgado. Se sintió como una vieja. Cuando regresaron a casa, su madre entró a la habitación con una bolsa de basura llena. Toma, te lo manda tu tía. Abigail abrió la bolsa. Eran bultos y bultos de ropa usada de su prima, muchos con estampados desgastados.

*Mira esos grandes almacenes, esas tiendas... todo es vanidad. ¡El verdadero tesoro está en el cielo!*

¡Eri tan pesá y cuática pa' huear, Javi! ¿Te creí mucho porque te compran hueás?

¡Ya paren! ¡Vane, no le pegues! ¡Abi, diles algo!

Pero el anillo era tan precioso, pensó. Le oyó prometerle algo.

*El Señor levanta al humilde y derriba al poderoso. Gloria a Dios ¡No se enorgullecen por lo que tienen! Gloria a Dios. Porque el rico egoísta acabará como el hombre de la parábola, acumulando bienes para sí mismo, pero pobre delante de Dios.*

Vanesa empujó a Javiera hacia Abi.

Anda, dilo.

Yo te puedo regalar el anillo, murmuró temblorosa la otra chiquilla.

Ayer se enteró que su prima recibió unos aros de perlas reales, que sus tíos habían comprado una parcela con piscina y que la tía Jocelyn iba a tener guagua. Cuando le preguntó a su mamá si podían visitar la parcela, le contestó con un rotundo “no” y siguió remendando las mangas de su polerón azul marino.

*¡Pues dice Lucas nueve veinticinco: “Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?”!*

Abigail tardó en responder. ¿Qué? Nada que ver, les dijo al fin. No se preocupen. Las amigas se miraron entre sí. ¿No te gustó el anillo? No, es feo. Y aun así, vio en sus amigas una mirada de lástima que la desconcertó. Entonces, se encorvó sobre sí misma, como una concha de mar que se cierra ante el hambre del mundo; para encerrar la suya propia, se silenció.

*Sae Farías*